

Gabriel Valle

## Las lenguas de la filosofía: una guía para la diáspora

---

**Resumen:** *El autor lanza el dardo sobre uno de los más acuciantes problemas de la filosofía: la diferencias en el léxico filosófico de las lenguas europeas. La reflexión gira alrededor del Vocabulaire européen des philosophies: dictionnaire des intraduisibles (2004), de Barbara Cassin, el cual ha sido ya traducido a varios idiomas. Posteriormente se hace referencia a la reseña de Tim Crane.*

**Palabras claves:** *Lenguaje. Diccionario. Traducción. Léxico. Semántica.*

**Abstract:** *The author focuses on one of the most pressing problems Philosophy has always been dealing with: the differences in the philosophical vocabulary of the languages of Europe. The paper is chiefly a remark about a lexicon: Vocabulaire européen des philosophies: dictionnaire des intraduisibles (edited by Barbara Cassin in 2004). It has already been translated into several languages. Then Tim Crane's review of the book is summarized.*

**Keywords:** *Language. Dictionary. Translation. Vocabulary. Semantics.*

Un fantasma recorre la Europa de los filósofos: es el fantasma de Babel. Desde que los pensadores latinos, en su lengua, se apoderaron de la sapiencia de los antiguos griegos, la filosofía ha ido acendrando su vocación políglota. Andando el tiempo, aquella propensión a la pluralidad iría afirmándose lenta pero inexorablemente. Cuando, en el siglo XIII, Raimundo Lulio decidió escribir

en su idioma materno, el catalán, no previó el fermento que habría de desencadenar tal decisión, la cual daría origen, en suelo filosófico, a la difusión de las lenguas vernáculas a expensas de la latina.

Alto ha sido el precio de la conquista internacional. La filosofía, cruzando el umbral de las lenguas, asimilando el léxico de unas y otras, distribuyendo sus bienes parafernales entre los idiomas que la han desposado, desde la península griega hasta la ibérica, desde el mar Tirreno hasta el Báltico, desde las islas británicas hasta los confines orientales del continente, se ha expuesto a cada paso a la maldición de Babel. Y dado que la filosofía es el reino de las sutiles diferencias de matiz entre conceptos, estas se han hecho más patentes al franquear las fronteras.

Todavía hoy, en los albores del tercer milenio, tras siglos de desvelos para escudriñar las entrañas del lenguaje, las insidias idiomáticas siguen asechando el quehacer del filósofo. Una lengua se asemeja a una red de mallas: las palabras son como hilos que, entrelazados o anudados unos con otros, forman una trama unitaria. Todo hilo está atado a los demás, directa o indirectamente, de tal suerte que cada cual remite al resto. El holismo al que se referían los biólogos, en los años veinte del siglo pasado, para describir un rasgo caracterizante del organismo, considerado una totalidad cuyas partes estaban en recíproca interacción, se ha trasplantado al terreno del lenguaje, precisamente para describir un rasgo caracterizante de este. No hay dos redes idénticas, enseña la experiencia.

Botones de muestra, para ilustrar el bíblico castigo, los hay muchos. Piénsese por ejemplo en la llamada *philosophy of mind*, de la que han de precaverse los idiomas latinos si quieren

cultivarla con provecho. *Mind* en inglés no puede traducirse por *mente* sin dejar residuos. La voz *mind*, según el Diccionario de Oxford, es “the seat of a person’s consciousness, thoughts, volitions, and feelings; the system of cognitive and emotional phenomena and powers that constitutes the subjective being of a person; also, the incorporeal subject of the physical faculties, the spiritual part of a human being; the soul as distinguished from the body” (OED, IX, pp. 797-799). *Mind*, pues, extiende su arco semántico sobre los *sentimientos*. Se trata de una acepción ordinaria asentada en el uso desde el siglo XIV. Locke escribía, en 1689, que “by pleasure and pain, I must be understood to mean of body or mind, as they are commonly distinguished; though they be only different constitutions of the mind” (Locke, 1838, 146). Hutcheson, en 1728, definía *affections* y *passions* como “modifications, or actions of the mind consequent upon the apprehension of certain objects or events, in which the mind generally conceives good or evil” (Hutcheson, 2002, 15). Stuart Mill, en 1843, anotaba que “mind is the mysterious something which feels and thinks” (OED). Un siglo antes, en 1739, Hume había abierto su famoso *Treatise of human nature* afirmando que la diferencia entre *impressions* e *ideas* estribaba en la desigual fuerza con la que unas y otras dejaban su huella en la *mind*. En el inglés de hoy existen todavía las locuciones ‘greatness of mind’ o ‘strenght of mind’, cuya traducción más ajustada tal vez sería ‘grandeza de alma’ en el primer caso y ‘fuerza de espíritu’ en el segundo.

El nombre español *mente* no es más que un hipónimo del inglés *mind*. Así, *mente* es solo la «potencia intelectual del alma» (DRAE, 2014, 1446). Algo similar cabe decir de otras lenguas romances. El nombre italiano *mente* designa la «facoltà teoretica, propria dell’uomo, di conoscere, di comprendere, di pensare, di riflettere e di giudicare (e si distingue sia dalle facoltà sensitive sia da quelle volitive)» (*Grande dizionario della lingua italiana*, 1984, X, 94-95). El adjetivo francés *mental* denota aquello “qui fait appel aux facultés intellectuelles” (*Trésor de la langue française*, 1985, XI, 652). De hecho, en Francia, la *philosophie de l’esprit*, en una de sus declinaciones, se hace cargo de la *philosophy of mind*.

También para la lengua castellana, el *espíritu* es el continente de la *mente*, mas no se agota en ella.

En el área latina, pues, el sentido imperante de *mente* encauza hacia las llamadas facultades intelectuales, como la inteligencia, la imaginación o la memoria; aun la voluntad en algunos casos. De este modo los sentimientos quedan reservados a otro fuero. A decir verdad, la filosofía sospecha, desde hace siglos, que la frontera entre el pensamiento y el sentimiento es permeable. Pero también aquí el fantasma de la traducción tiende sus celadas, como se desprende del ejemplo que sigue. En el 2001, Martha Nussbaum publicó una ambiciosa teoría de los sentimientos. El ensayo, titulado *Upheavals of Thought: the Intelligence of Emotions*, es un vigoroso alegato en favor de la racionalidad de los sentimientos. En la edición castellana de la obra, la voz *emotion* es traducida como *emoción*; en la italiana, como *emozione*.

En un caso y en otro se ha caído en un anglicismo semántico, no insólito entre los especialistas. En español, *emoción* es «alteración del ánimo intensa y pasajera, agradable o penosa, que va acompañada de cierta conmoción somática», según el diccionario académico. Análogamente, en italiano, de acuerdo con toda la tradición lexicográfica, *emozione* denota un estado psíquico repentino, momentáneo, que por su intensidad turba el equilibrio del individuo. ¿Es relevante esta distinción? Irrelevante no parece. Cuando Nussbaum enuncia los rasgos propios de las *emotions*, tiene en cuenta nuestros *sentimientos*: amor, cólera, tristeza, envidia, miedo, alegría, etcétera. Para quien urde sus ideas en castellano, aquel que *estima* o que *añora* no necesariamente se siente remecido por una fuerza interna, sacudido por un ímpetu visceral, agitado por un ramalazo del alma.

¿Hay atisbos de esperanza para la filosofía multilingüe? Tal vez no, si se vislumbra un horizonte bienaventurado en el que el pensamiento traspasa indemne los vericuetos de las lenguas. Sí, en cambio, si se presume que cada lengua es como un objeto translúcido, el cual, siendo parcialmente transparente, deja percibir a través de él la imagen de un cuerpo mas no deja distinguir con nitidez sus contornos.

La traslación de las ideas, de idioma a idioma, se parece a una comparación cartográfica

que permite medir las diferencias entre los planos. Precisamente con ese fin, el de mensurar las diferencias entre las lenguas europeas, entre el léxico filosófico de unas y otras, en el 2004 apareció el *Vocabulaire européen des philosophies: dictionnaire des intraduisibles* (VEP). Esta obra monumental, cuya ejecución requirió más de diez años, ha reunido a más de ciento cincuenta colaboradores, dirigidos por una distinguida filósofa y filóloga francesa, Barbara Cassin.

### Los intraducibles

Original por su concepción, el diccionario de los “intraducibles” registra cuatrocientas entradas. En ellas se cotejan cerca de cuatro mil palabras o locuciones que provienen de unas quince lenguas de Europa, o constitutivas de Europa: el griego, el latín, el hebreo, el árabe, el español, el francés, el italiano, el portugués, el alemán, el inglés, el noruego, el sueco, el ruso y el ucraniano.

Lo prodigioso es que un trabajo erudito lleva nuestros ojos tras el zig zag de los idiomas, hurga en los entresijos de las expresiones, las somete a examen semántico, traza líneas diacrónicas para exhibir épocas, confronta los presuntos equivalentes entre mosaicos idiomáticos, y es tal vez entonces cuando ofrece lo mejor de sí: frente a dos términos que, uno respecto de otro, se comportan como espejos deformantes, el diccionario procura establecer, en tanto en cuanto esté a su alcance, las diferencias conmensurables entre ellos. Incluso los vocablos ordinarios pertenecientes a lenguas distintas, una vez llamados a la comparación, revelan cada cual una gama de tonalidades que agravan la faena del traductor. Esa disparidad es la natural consecuencia de la historia de los idiomas, que son la manifestación más sedimentada de la cultura de un pueblo. Schleiermacher, en 1813, en el ensayo *Sobre los distintos modos de traducir*, refiriéndose al oficio del traductor, subrayaba que este a menudo advertía la tensión que latía en un concepto, entre pretensión universalista y expresión lingüística.

¿No es acaso paradójico intentar traducir lo intraducible? Depende de lo que se entienda por ‘intraducible’. En la presentación del *Vocabulaire*,

Cassin explica que ‘intraducible’, en la voluntad de los autores, quiere decir no que una palabra no haya sido traducida o no pueda traducirse. No. ‘Intraducible’, dicho de un término, significa más bien que no deja nunca de traducirse, que siempre es pasible de nuevas versiones, que tolera la rivalidad entre alternativas.

El *Vocabulaire* se propone detectar y exaltar los «síntomas de las diferencias» en el léxico de los pensadores. Un modelo ha guiado la empresa: el *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas* de Benveniste, aparecido en 1969. El lingüista francés, destaca Cassin, para dar con el sentido de una expresión, en una lengua determinada, la situaba ante todo en su propia red léxica, recorría los puntos de contacto funcional con otras palabras, trataba de entender cómo funcionaba la red y por último confrontaba esta última con la red de otras lenguas. Las palabras, como las células nerviosas, tienen su propia sinapsis.

La selección de las entradas, se advierte, es el fruto de una doble exploración, una diacrónica y la otra sincrónica. La diacrónica ha sido emprendida para rastrear el trasiego de las ideas desde una época hasta otra; la sincrónica, para conocer los actuales “paisajes” filosóficos nacionales. “Uno se pregunta entonces, a partir de las obras modernas, que son a la vez causa y efecto del estado filosófico de una lengua dada, por qué ciertos términos que a menudo se toman por inmediatamente equivalentes no tienen ni el mismo sentido ni el mismo campo de aplicación” (VEP, 2004, XVIII), escribe la filósofa.

La selección de las entradas, por otra parte, atiende a una doble multiplicidad: la que hay entre lenguas y la que hay dentro de una misma lengua. Las lenguas son obras en construcción perpetua, una invención incesante, son más *energeia* que *ergon*. Eso explica el hiato que las separa. Pero al mismo tiempo cada lengua es en sí misma una multiplicidad. En ella habitan variedades sometidas a las distancias espaciales o temporales, por ejemplo. Tantos filósofos, tantos idiolectos. Una obra escrita es un idioma cuajado en un instante del tiempo: delata una época, un lugar. El lenguaje de un tratado está ligado al bagaje del autor, al destino del mensaje (esotérico o exotérico) y a la relación que el artífice haya trabado con la tradición precedente. La historia de la filosofía es,

entre otras cosas, una historia de textos en la que cada autor fabrica su propio idioma.

¿De qué temas se ocupa el *Vocabulaire*? De todos. Y eso es tal vez lo único que pueda decirse de él para no menoscabar, con un compendio noticioso, su enorme riqueza. Sin embargo no parece inoportuno presentar uno de sus lemas, por el interés que seguramente concitará en el lector de habla hispana. El lema se refiere al español como lengua filosófica. El idioma nacido hace mil años en el solar castellano demuestra su singularidad, según el artículo (VEP, 2004, 390-399), firmado por Alfonso Correa, en su particular contraposición entre *ser* y *estar*, insólita en otras lenguas, aun entre las hermanas románicas. El par *ser-estar* ha desafiado la apropiación, en español, del vocabulario ontológico tradicional. Los debates surgidos, entre hispanohablantes, en torno de la terminología heideggeriana son un buen ejemplo de ello. José Gaos tradujo el *Dasein* por *Ser-ahí*, para resaltar los lazos morfológicos del primero con otros giros típicos de Heidegger. Pero *ser-ahí* no es más que un galimatías en castellano. “Existir en cierto lugar” (Moliner, 1994, 1219-1220) es una de las acepciones propias y privativas de nuestro verbo *estar*. Volviendo al reto del *Dasein*, que ha sido vertido una y otra vez a nuestro idioma, la solución planteada por Jorge Eduardo Rivera no parece más solerte que las demás, pues ha conservado intacto el término alemán, lo cual no hecho más que avalar la dificultad de la tarea. Conservar un extranjerismo no adaptado, en una traducción, es una “confesión de impotencia”, decía Valentín García Yebra. Sea dicho al pasar, al margen de las consideraciones expresadas en el *Vocabulaire*, también las categorías aristotélicas del *ser* ponen a prueba la versatilidad del castellano, por esa misma razón, pues la categoría del lugar rebasa el ámbito de nuestro *ser*.

La maldición de Babel, sobre la lengua de Cervantes, atosiga no solo al que traduce *al* español, sino también al que traduce *del* español. No es raro que el par *ser-estar* abra un abanico de posibilidades expresivas que se vuelven motivo de zozobra a la hora de traducir. Ortega y Gasset, explotando los recursos del idioma, tejía una trama que ligaba el *estar* con el *bien-estar* y con la *circun-stancia*. Zubiri, por su parte, refería que el *estar-siendo* era una de las dimensiones en que

se plasmaba la realidad: “La expresión *estar-siendo* es, tal vez, la que mejor expresa el carácter de realidad ‘física’ de que está dotada toda cosa real, y que intelectivamente se ratifica en la constatación” (Zubiri, 1962, 130). Tales juegos malabares también se celebraban en Hispanoamérica, como se deduce de un artículo de Carlos Cullen titulado *Ser y estar. Dos horizontes para definir la cultura* (1978), o de un ensayo de Rodolfo Kusch, que lleva por título *Dos reflexiones sobre la cultura* (1975). En él Kusch declaraba su obsesión por el concepto *estar*: “Se trata del estar como algo anterior al ser y que tiene como significación profunda el acontecer”.

Cabe hacer hincapié en que todas estas apuntes son muy esclarecedoras para el lector francófono, primer destinatario del *Vocabulaire*. De hecho el idioma francés, ahí, se despliega en dos planos superpuestos: por un lado es la *lengua* de expresión del lexicón, y por el otro es la *metalengua* que describe las peculiaridades de esta, o sea, los alcances y los límites del francés en el contraste interlingüístico. ¿La *existentia* de los lógicos medievales es siempre intercambiable con la *existence* del francés? ¿La *pravda* del ruso es *verité* o *justice*? ¿Cómo han de traducirse, en francés, las distintas acepciones del alemán *Moment*, de Kant en adelante? ¿Cuán fragmentado está el campo semántico de *intentionnalité*, que bascula entre paradigmas filosóficos?

El *Vocabulaire* se ha convertido en un éxito de librería en Francia y, a la vez, en una herramienta indefectible entre numerosos hombres de letras. Además, sus ondas expansivas se han propagado por todas partes. Lo atestiguan aquellos colaboradores extranjeros que, habiendo participado en la elaboración del diccionario, se han propuesto traducirlo. Para enaltecer el trabajo de estos obreros estrenuos, Cassin ha recogido, en un libro titulado *Philosopher en langues*, aparecido en el 2014, el valioso testimonio de algunos de ellos, cada uno de los cuales ha explicado la hazaña de verter, en su propio idioma, una obra de esta índole. En cada caso, más que de una traducción, se trata de una adaptación, de una edificación paralela, en la que el idioma receptor ejerce el doble rol que el francés ejerce en la edición original. En el prefacio, la filósofa escribe: “Cuando se traduce, cuando se pasa de

un lengua a otra, se *des-esencializa*. Se trata en cualquier caso de mostrar que, en vez de haber una esencia fija, hay en cambio interferencias, pues cada idioma es para otro el *albergue de lo lejano (l'auberge du lointain)*" (Cassin, 2014, 19). Esa hermosa expresión había sido acuñada por el trovador Jaufré Rudel, en el siglo XII, para referirse a la lejanía de los amados. Ocho siglos después fue retomada por el traductólogo francés Antoine Berman, que hizo de ella una alegoría de la traducción.

Tim Crane, un conocido filósofo de Cambridge, ha escrutado el diccionario de los intraducibles en su traducción inglesa. Reseñándolo, ha dicho que es, por encima de todo, una "loving celebration of philosophy" por parte de los franceses. Crane opina que los mejores artículos son aquellos que desenredan la maraña del significado y de la etimología. Y lo más fascinante de la obra, para él, es que ofrece una visión parcial de un fragmento de la cultura europea a través de la disección de su léxico filosófico. Pero, frente a la ambición política del trabajo, el entusiasmo del recensor cede el paso al estupor y a la desazón. Cassin había anunciado que el *Vocabulaire* se desmarcaba de dos posiciones: una, la de hacer del inglés la lengua única de la reflexión, el idioma del *common sense*, el que "desinfla los globos de la metafísica", el que, bajo el influjo de la tradición analítica, se ocupa del universal lógico, inmutable e indiferente a las lenguas de antaño y de hoy. La otra, la de caer en el "nacionalismo ontológico", de acuerdo con el cual unas lenguas —como el griego o el alemán— son más aptas que otras para el ejercicio intelectual.

Crane abre fuego sobre el primer pilar de este manifiesto. Al deplorar la confusión que parece reinar en torno a la lengua dominante, él insta a distinguir entre filosofía anglosajona, corriente analítica, e inglés como idioma vehicular. La lengua inglesa es inocente: no ha invadido nada ni ha acorralado a nadie. Si se ha vuelto *lingua franca*, incluso en los cenáculos del saber, ha sido por contingencias históricas. Las páginas del *Vocabulaire*, en la percepción de Crane, están permeadas de un provincianismo francocéntrico reacio al imperio del inglés. Revelador, al respecto, le parece lo que se establece en uno de los artículos: que los más

creativos ingenios filosóficos de habla francesa (Descartes, Bergson, Sartre, Deleuze y Lacan) han *invocado el derecho* a expresarse en su lengua materna. Crane no acaba de entender qué los habría impelido a guarecerse en semejante derecho, siempre ejercido y nunca conculcado. Y, en lo que atañe al caudal filosófico británico y angloamericano, echa de menos que el diccionario haya soslayado una parte importante de él, con excepción de los clásicos.

Dando la vuelta al mundo de los idiomas, uno se pregunta cuánto ha discurrido la filosofía acerca de la traducción. ¿Qué significa *traducir*? ¿Qué quiere decir que dos expresiones, en lenguas distintas, son *equivalentes*? Diego Marconi, de la Universidad de Turín, en una ponencia sobre la cuestión, ha desempolvado una conocida hipótesis: dadas dos oraciones que pertenezcan a sendas lenguas, aquellas tendrán el mismo significado *si y solo si* serán verdaderas en las mismas circunstancias. Reconoce que esta idea, aunque vapuleada prácticamente desde que fue planteada, por Frege y por Wittgenstein, a comienzos del siglo pasado, sigue siendo el mejor punto de partida para una teoría de la traducción. Es posible que Marconi tenga razón. Si es así, agregamos, una hoja de ruta trazaría, por ejemplo, una línea que anduviera por el campo de polémica entre Quine y Davidson, costearo a la vez los predios de la hermenéutica.

La *filosofía de la traducción* aún tiene ante sí un largo trecho por recorrer. Algunos filósofos italianos ya han orientado sus pasos en esa dirección. Dueños de una sólida tradición como traductores de la filosofía, ínclitos historiadores del pensamiento, herederos de Giambattista Vico, para quien las fronteras entre filosofía y filología son lábiles, hoy vuelven la vista a la traducción como fuente de perplejidad. En las postrimerías del siglo XX, se lee en una enciclopedia italiana de filosofía, muchas disciplinas se han ocupado de la traducción: la lingüística, la pragmática, la etnografía, los estudios culturales y de género, la literatura, la sociología, la psicología, la semiótica, la jurisprudencia, etcétera; "tanto es así que la traducción bien puede considerarse el tema por excelencia de la reflexión humanística de esa época" (Garzanti, 2004, 1139). De esa época y probablemente de esta también, cabría apostillar.

## Referencias

- Battaglia, S. (1984). *Grande dizionario della lingua italiana*. Torino: UTET.
- Cassin, B. (Ed.). (2004) *Vocabulaire européen des philosophies: dictionnaire des intraduisibles*. Paris: Éditions du Seuil/ Dictionnaire Le Robert. La traducción de esta y de las demás citas es mía.
- . (2014a). *Dictionary of untranslatables. A philosophical lexicon*. (Translated by Steven Rendall, Christian Hubert, Jeffrey Mehlman, Nathanael Stein and Michael Syrotinski. Translation edited by Emily Apter, Jacques Lezra and Michael Wood). Princeton: Princeton University Press.
- . (2014b). *Philosopher en langues. Les intraduisibles en traduction*. Paris: Éditions Rue d'Ulm.
- Centre National de la Recherche Scientifique (1985). *Trésor de la langue française, Dictionnaire de la langue du XIX<sup>e</sup> et du XX<sup>e</sup> siècle (1789-1960)*. Paris: Gallimard.
- Crane, T. (2015). The philosophy of translation. *The Times Literary Supplement*. 28/01/2015.
- Enciclopedia Garzanti di Filosofia*. (2004). *Filosofia*. Milano: Garzanti.
- García Yebra, V. (1985). *Traducción y enriquecimiento de la lengua del traductor*. Discurso de ingreso a la Real Academia Española. 27/01/1985.
- Hume, D. (2001). *Trattato sulla natura umana*. (Trad. e apparati di Paolo Guglielmoni, texto inglese a fronte). Milano: Bompiani.
- Hutcheson, F. (2002). *An essay on the nature and conduct of the passions and affections, with illustrations on the moral sense. The collected works and correspondence of Francis Hutcheson*. Indianapolis: Liberty Fund.
- Locke, J. (1838). *An Essay Concerning Human Understanding*. London: T. Tegg and Son.
- Marconi, D. (2007). *Translatable/Untranslatable*. Conferencia inédita pronunciada por el autor en un congreso filosófico celebrado en Londres.
- Moliner, M. (1994). *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos.
- Nussbaum, M. (2001). *Upheavals of Thought. The Intelligence of Emotions*. New York: Cambridge University Press.
- . (2004). *L'intelligenza delle emozioni*. Bologna: il Mulino.
- . (2008) *Paisajes del pensamiento. La inteligencia de las emociones*. Barcelona: Paidós.
- Oxford University. (1989). *The Oxford English Dictionary*. Oxford: Clarendon Press.
- Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la lengua española*. Barcelona: Espasa.
- Zubiri, X. (1985). *Sobre la esencia. Estudios filosóficos*. Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones.

**Gabriel Valle** (valle.fabrizio@gmail.com) se ha formado en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en la Universidad de Trento, por la cual es *Magister Philosophiae*. Actualmente es candidato al Doctorado en Filosofía. En años recientes, ha enseñado Historia de la Filosofía en un bachillerato escolar italiano. Dentro del ámbito lingüístico, es asesor lexicográfico en materia de americanismos de la lengua española. Asimismo, escribe un diccionario dedicado a los anglicismos del italiano y ejerce la docencia en el *Istituto Universitario per Interpreti e Traduttori di Trento* (ISIT).

Ha escrito numerosos artículos y un ensayo en la revista romana *Studium: L'esempio della sorella minore*. Sulla questione degli anglicismi. L'italiano e lo spagnolo a confronto.

Recibido: el lunes 9 de noviembre de 2015.  
Aprobado: el jueves 12 de noviembre de 2015.